

## Beethoven <sup>(1)</sup>

---

Hace un siglo que en las playas de la paz reposa el héroe solitario, que, con el encanto de su arte divino, abriera al mundo una nueva era de vida sentimental; reposa, pero parece que la muerte no lo hubiese alcanzado, tan poderosamente vivo se manifiesta aún, tan exuberante de fuerzas, de consuelo y de elevación en todas las partes donde las muchedumbres escuchan sus obras; guía seguro, de inagotable consejo, para los artistas de cualquier escuela, tendencia e inspiración.

Humildes y temblorosos nos acercamos a él, como espantados de la grandeza del genio que cifra en sí todo un universo. ¿Cómo ascender a sus sagradas esferas, semejantes a las sagradas esferas dantescas? Su solo nombre nos intimida; al pronunciarlo parecemos que un estremecimiento mágico descubre un mundo arcano, que desborda los límites de nuestra pobre imaginación.

(1) Los fragmentos que siguen son extracto del notabilísimo estudio, escrito especialmente por el profesor Farinelli para ser leído en Viena, en ocasión de los solemnes festejos del centenario de Beethoven. Dicho estudio va a ser traducido en diversos idiomas, y lo que de él se ofrece a los lectores de *Verbum* tiene carácter de primicia. Con la autorización amable del autor, intentamos la versión de algunos pasajes, entresacados casi al azar. Y aunque esos pasajes — prueba irrecusable de la total excelencia del ensayo — poseen por sí solos significación propia e independiente, los extensos cortes que muy a pesar nuestro nos vemos forzados a introducir en el texto, conspiran, como se comprenderá, contra la unidad de este hermoso trabajo. El Instituto argentino de cultura itálica ha adquirido los derechos para su próxima e íntegra publicación. A la deferencia del señor Nicolás Besio Moreno, a quien complacidos expresamos aquí nuestras gracias, debemos el haber podido utilizar el manuscrito. — A. J. B.

Con él comenzó una nueva historia del corazón, una nueva historia de sus eternas vicisitudes y de sus expansiones insuprimibles.

. . . . .

Al oído de las muchedumbres, de los « millones », llegó la divina embriaguez de los acordes y de las melodías de aquel hombre que en el vigor primero recibió el insulto atroz de la naturaleza, la sordera irremediable, y que desde la soledad de su alma, en la que se precipitaba por decreto del cielo, inflexible en medio de su inmensa desgracia, esparce bajo el cielo y sobre la tierra, la suavidad y dulzura de su canto interior.

. . . . .

El mundo que intuye, siente y refleja, es siempre muy complejo. Aun dentro del idilio murmuran mil voces contenidas. Pero el fluir de su creación es natural, simple, diríamos cándido, ingenuo, de fuerza y vigor elementales, a causa de su estrecha adherencia con el alma del compositor. El sonido es sencillo y escueto; nunca un adorno, nunca una línea melódica que decore o describa. El artista más rico es invariablemente el más sobrio, el que sabe recogerse en el culto religioso de su arte.

. . . . .

Todo el universo sinfónico está en esta alma, palpitante de vida, que anhela liberarse de tribulaciones y penas. Componer no será sino arrancarse pedazos de sí mismo, fantasear y marchar siempre adelante hacia la imaginada redención. En él, la necesidad de idealizar y espiritualizar era imperiosa, insuprimible. ¿Sobre el camino abierto, con el anhelo de las cimas excelsas, quién, pues, podrá detenerlo? Las monarquías terrenas no valen el reino espiritual que él ha elegido. Comprendemos fácilmente que lo vulgar desapareciese cuando él lo tocaba; comprendemos que lo ennobleciese todo, hasta el ínfimo y tosco cantar del pueblo, hasta la danza más rústica; que de un motivo risueño se elevase de un salto, y como en vuelo, a un tema de solemne gravedad y compunción; que un fútil motivo rítmico bastase para sugerirle una obra monumental, la más bella palabra del mundo, como decía Schumann.

Era una fuerza melódica, a un tiempo mismo energía moral y volitiva, capaz de crear un mundo sacándolo de la nada.

. . . . .

Para comprenderlo es preciso buscarlo en esta su apartada y santa región del arte. La realidad es bien dura... ¡Qué enorme distancia entre el azul que sonríe en lo alto y las sombras que fluyen sobre la faz de la tierra! ¡Qué séquito de miserias y de angustias! ¡La vida inestable de casa en casa, la mezquindad de las ganancias, las cuentas que se alinean sobre el papel donde había espacio para las notas celestes, el demonio que le roe y destruye el oído, ninguna caricia de mujer o niño, la inmensa necesidad de amar, una ternura absorbente, consumidas en la soledad que él mismo debió decretarse! Lo aclaman, no oye; permanece como una isla cerrada en medio de los conciertos; perdido en un mundo extraño, dirige como alejándose más y más de la orquesta que pende de su batuta.

. . . . .

Pero este mundo del que se aleja bajo el peso de su cruz y de sus penas, aún lo seduce y encanta; la vida le es aún placentera. ¡Oh, es tan bella la vida — exclama —. Pero se la han envenenado, le han hecho apurar todas las amarguras. La soledad le es, pues, impuesta, necesaria. Y huye de los hombres, a los que tanto ama, a los que beneficia con el paraíso de su arte, y a los que con el sollozo musical del renunciamiento señala el camino solitario que conduce allá arriba donde se encienden las estrellas. Se rodea de aire puro; y marcha, extático y absorto, cantando en la intimidad del corazón esos adagios, cuya voz, realmente celeste, huye hacia el éter que tácito y solemne envuelve a nuestra pobre tierra.

. . . . .

En él la fuerza de resurgir, con un rápido sacudimiento de alas, después de los abatimientos más profundos, fué siempre inexhausta. Ante la sonrisa de lo alto, las tinieblas y los afanes del corazón se dispersaban; el pensamiento dominante tendía a aplacarse, no ya a desencadenar tempestades. Era inevitable que las amarguras y los dolores se precipitasen tumultuosamente en aquel corazón de titán, a quien el destino hería y sometía a tan durisimas pruebas.

Pero la vida entera del artista se empeña en combatirlos y superarlos. Y su obra entera debía expresar esta lucha, el infierno y el paraíso que alternaban en su alma, el eterno choque que engendra la oposición de los dos principios adversos, para hacer de ese contraste, no extravagancia romántica, sino verdad, naturaleza. Si las inquietudes se precipitaban tumultuosamente era para alcanzar la paz, la última paz; por eso, en Beethoven debía parecer espontánea hasta la expresión de la misma violencia, y espontáneo también el quebrantarse pasajero, para recomponerse en la armonía final.

En su austera frente no golpea la obscura divinidad de la Nada leopardiana; el batallar encontrará término en el plácido reposar en Dios; desde los abismos podremos alcanzar las alturas.

A veces, en esta alma angustiada, el torbellino del dolor crecía frenéticamente y el sentimiento mostrábase siempre desbordante antes de alcanzar el dique de soberana armonía. Pero la tregua al dolor era infaltable y la voz jubilosa debía levantarse. Del sol de la más divina y pura de las artes había de descender el rayo vivificador. Beethoven es el héroe solitario que nos lleva a sumergirnos en el dolor como en un baño sacro; que nos exhorta a ennoblecernos, padeciendo; a robustecernos, templándonos en el sufrimiento: Del dolor a la alegría y al regocijo; de la turbación y del trastorno espirituales a la paz y a la serenidad sin contrastes. Y esa superación del dolor, eternamente renovada con infinitas variantes expresivas, es como el acorde temático fundamental que da vida dramática a toda la obra beethoveniana.

Sólo a precio de dolor y de lágrimas nos elevaremos... Escuchad en la última sinfonía, en el fortísimo del *finale*, entre la exultación triunfante de la alegría, el memento solemne de la tristeza, de la tristeza surgida con la primera luz del hombre, de la tristeza que se aleja bendiciendo.

Reconozcámosle, en el martirio de la soledad padecida, una fuente de placer verdadero, de felicidad incontrastable, gozada en

los lugares campestres, a los que visitaba de año en año. ¿Hubo alguna vez un poeta, un músico enamorado de la naturaleza a cielo abierto como lo fué Beethoven? ¿Y no reside en ese desmesurado amor, la fascinación de este arte que nunca se consume y que reverdece eternamente como reverdece la naturaleza? ¿Imagináis templo más solemne, más dispuesto para recoger en sus religiosos, altísimos silencios, las voces elevadas a Dios, que el templo erigido por el músico solitario en los campos, en los bosques, en los suaves declives en que iban a morir los rumores mundanales de la Babilonia vienesa, circundada, como por gracia divina, de esa verdura? Su « Heiligenstein », su « Helenenthal », eran los asilos de paz que elegía en los meses estivales; allí suspiraba recordando la época en que abandonara a la Bonn natal, a las plácidas y bellas orillas de su « padre el Rhin », siempre fijo en su memoria; allí encontraba refugio donde ensanchar su alma, para librarse de toda pena y para sentirse serenado. Solo con las armonías que fluían, que cantaba en él; solo con sus paraísos y sus infiernos; solo con el vuelo de sus pensamientos y de sus fantasmas; solo para contemplar y para extasiarse, ascendiendo siempre la invisible escala que va de la tierra al cielo. En la intimidad de la naturaleza debía rehacerse niño, encontrar su propia infinitud, y en la fuerza virginal y primitiva de esa misma naturaleza debía reconocer su propio ideal de arte puro, immaculado, candoroso como la nieve fresca que alborea en las alturas.

Aquella corona de verdes colinas; aquella suave línea de montes, que blandamente se prolongaba hasta la espesura boscosa; aquellos campos florecidos de paz; el intenso azul del cielo después del estruendo de los temporales; el temblor de los bosques ondulando al viento y despertando melodías arcanas en el alma conmovida; aquellas hayas, aquellos pinos eran fantasmas que vivían allí, distintos, junto a él, que podían tocarse como cosas familiares y fraternas, y que a veces inclinaban sus copas y sus ramas, susurrando, mientras en la intimidad del contemplante susurraban sus propios pensamientos disueltos en sonidos.

. . . . .

Saltaban jugueteando los pajarillos; apenas los oía, pero componían con él los arabescos más ingenuos de su *Pastoral*.

Notad en el hombre heroico esta pasión ilimitada por el mundo idílico...

.....

Un pedazo de cielo azul, un prado, una colina, algunos arboles que se adunan silenciosamente, un pequeño e íntimo mundo bastaba para que su alma se enterneciese, se llenase de admiración y diese rienda suelta a su vago y fuerte fantasear. ¿De una insignificancia, que era como el primer acento melódico, no hacía, acaso, la obra más compleja, profunda y acabada? Sentábase allá durante horas, como se sentaba Leópardí sobre su colina yerma; y se reavivaban las imágenes, que ondulaban frente a él, no ya como especies terrenas sino como reberveración del cielo. Y al cielo levantaba la mirada, y sentía entonces el temblor de lo divino: « Omnipotente, en el bosque soy feliz, en el bosque cada planta habla en tu nombre. »

.....

Volvió a cantar, rehecha en su propia alma, la *Schöpfung* de Haydn. Pero en su *Pastoral* los tonos descriptivos están desterrados; lo que en ella se reproduce es el sentimiento infuso de esas criaturas de la naturaleza que viven su existencia ingenua y pura, es el idilio campestre, la escena rústica vivida en el corazón. La elocuencia de aquellos silencios, la frescura de aquel respirar ágil y puro, aquella serenidad, aquella paz ¿quién podía comprenderla mejor que él, que, arrebatado al torbellino de la ciudad tumultuosa, llevaba en sí el temblor de tantas tempestades? En el adagio pastoral está toda la dulzura, toda la divina suavidad que anidaban en el corazón del brusco grande hombre. El gigante va hacia los humildes y hacia los innominados; los abraza amorosa, apasionadamente; torna a cantar sus cantos; marca el ritmo de sus danzas. La más sencilla de las voces descendida de Dios, vuelve a Dios directamente.

El tema pastoral más íntimo, más expresivo, más intenso nunca se agota en él. ¡Cuántas veces lo tornáis a oír, envuelto en otras purísimas ondas melódicas, en los adagios de los cuartetos y de

las sonatas, en los conciertos, en los tríos, en las cantatas, en el mismo « Egmont » y endulzando los poderosos acordes de las últimas sinfonías! En la raíz de su mundo sinfónico está el mundo pastoral: el idilio campestre se arremansa sonriente en el alma heroica y aplaca la violencia de toda rebelión.

Y es también el ritmo de la *Pastoral* el que palpita en la invocación a la paz — *Donna nobis pacem* — en el *Benedictus*, de la gran misa, la paz campestre, no otra indudablemente, la suspirada quietud « interior y exterior ».

La mujer, radiante de belleza le sonríe en un rápido florecimiento de esperanzas; pero presto pasa, y se desvanece disuelta como un fantasma. Bastaba un rayo fugaz de lo divino, para que el corazón del músico se ensanchase y el ardor de su vida apareciese centuplicado. Una compañera, un alma que pueda como envolver la suya y dirigirla en la ascensión al reino de los espíritus, y entonces todo parece luz. En los instantes felices, la creación le surge como de manantial, avasalladora; sus figuras se encienden en tonos marciales, en tonos de conquista. Pero las luces pronto se amortiguan y las « amadas inmortales » pasan también ellas bajo el peso de los afectos humanos y perecederos. Se impone así el renunciamiento trágico, el *entbehren, sollst entbehren*. Y el grito de dolor deberá sofocarse.

Ninguna desilusión — y tuvo tantas y tan crueles — podía abatir a este infeliz, tan supremamente feliz en su efusión espiritual...

La inflexibilidad y la gallardía del carácter deben comunicarse hasta a los instrumentos que están bajo su autoridad; el piano vibrará con potencialidad máxima, apenas obtenible; la orquesta exigirá una sonoridad aguzada, multiplicada. ¡Cuánta confianza y firmeza! ¡Cuánto entusiasmo! Se imagina luchar con el destino, que tan cruelmente lo golpea y tan cruelmente se ensaña con él; espera tomarlo por la garganta, domarlo, vencerlo. ¡He aquí a Beethoven superando ya la energía volitiva de Nietzsche!

La gravedad debía crecer con los años, en la ascensión solitaria hacia las cumbres altísimas en que resplandece Dios. Vigorizaba la grave polifonía, complicándola en combinaciones audaces. El concierto es siempre más majestuoso, siempre más poderosa la síntesis en la armonía de los contrastes, siempre más decidido y siempre más directo el vuelo del alma hacia la suspirada serenidad del cielo. En los coros solemnes, el énfasis de Schiller se convierte en verdadera poesía beethoveniana. Al sonar los últimos adagios, cuando ya la muerte se anuncia, el renunciamiento es completo, integra la resignación. Parece que llegan hasta vosotros acentos que ya no son terrenos, voces, mensajes misteriosos de mundos desconocidos. La eternidad tiembla en ellos. El héroe se ha colocado junto a su Dios, y, mirando cómo huye de sí la tierra de tribulaciones y trabajos, se recoge plácidamente en la última paz.

Y nosotros, a nuestra vez, nos recogemos devotamente ante el ara que él construyó, y sobre la cual, sacerdote de su arte, celebró su culto, cantando las melodías más profundas y desgarradoras que jamás hayan llegado a los sentidos y al alma de la humanidad entristecida. Su arte quebrantó realmente las barreras levantadas entre los pueblos, fraternizó a los « millones » y dió a todo un universo el beso de paz.

Las generaciones pasan, los siglos se consumen y el arte beethoveniano que restaura, eleva e inunda de dulzura melódica, aparece inextinguible, vigoroso, fresco como en su manifestación primera. De él, de aquel espíritu único, descienden como ríos los temas y armonías que todos en todas las tierras retomarán y fertilizarán de nuevo. ¿Imagináis a Wagner sin la inspiración poderosa de Beethoven? ¿Y aún los modernísimos, desde el extremo oriente al occidente más remoto, no derivan de él, que tiene una voz y un canto para cada temblor del alma, y que repudia el estruendo y los caprichos de los virtuosos que se extenuan inútilmente en bordar infecundos complejos musicales? Schumann, por no haber podido apoyar su cabeza ardiente sobre la mano de aquel hombre sumo, llevaba siempre tras sí una estela de dolor y, sollozando, bendecía



su memoria. Y cuando a nuestra vez nos hayamos reintegrado a la tierra, otros hombres, infinitos, lo bendirán; y no solamente porque a precio de dolor y de lágrimas esparció el tesoro de sus melodías inefables, sino también porque ennoblecíó y levantó la vida: porque fué un grande, un poderoso educador de la humanidad, siempre pronto para vigorizar el sentimiento, aunque enterneciéndolo y suavizándolo; porque levanta nuestras frentes abatidas por la rudeza del destino, y porque nos recuerda cómo en nuestra pobre substancia terrena, gracias a la sonrisa del arte, fluye lo divino.

ARTURO FARINELLI.

